

mas cargadas de naranjas, de ciruelas, de racimos de moscatel, de granadas doradas, y del suelo estallaba una llama clara, donde un cordero gordo y blanco se tostaba en la espetera... Onofre despedabaza los ramajes, Onofre pisoteaba la lumbre... "¡Socorro, Dios mío, socorro!..." E iba a caer casi desmayado a la puerta de su caverna, escondiendo el semblante en la arena cálida que bebía sus lágrimas...

Un año entero así combatió, y todos sus cabellos se pusieron blancos. Un día en que se recogía exhausto de su trabajo y se había sentado en una roca a orillas del agua, encontró de repente en el regazo un pan pequeñito, rubio y tostado, caliente aún, como salido del horno... Entonces el solitario comenzó a reír serenamente... ¡Qué!... ¡Tanto se había agotado el demonio, que, después de mesas más ricamente llenas que las del Emperador, sólo le quedaba ahora para seducirle un pan miserable de legionario!... Y con aquella risa, una paz inmensa penetró en su corazón... El demonio, así humillado, abandonó el desierto...

V

Habían transcurrido pocas lunas cuando una tarde, al oscurecer, volviendo del Monasterio lejano de Thebana, donde había ido a buscar simiente para sembrar, encontró, sentado pensa-

tivamente en una piedra, a un hombre, a un viejo, con una túnica severa de filósofo y un bastón en la mano, que se levantó, le saludó y comenzó a caminar a su lado, callado y con respeto.

Extrañando su silencio, Onofre murmuró:

—¡Bien venido seas, mi hermano en Jesús, hijo de Dios Padre, que por nosotros padeció!...

El viejo, sin levantar los ojos del suelo, donde sus sombras se extendían ampliamente, dijo con lentitud:

—¡Dios es uno e inmaterial y no puede tener hijos!...

Y como Onofre retrocedía escandalizado, reteniéndolo por la manga, rompió en palabras extrañas y magníficas. Si Jesús era hijo de Dios, ¿por qué se había llamado a sí mismo hijo del Hombre?... Todo niega, en cada una de sus acciones y de sus palabras, su esencia divina. Si él era Dios, ¿para qué necesitaba el bautismo?... ¿Cómo podría el demonio tentar por la oferta de un reino en la tierra a quien sabía que poseía, como Dios, los reinos de la tierra y del cielo? Cuando la Magdalena le tocó la túnica, él exclamó: "¿Quién me ha tocado?"... Luego no lo sabía. ¿Dónde estaba entonces su omniscencia de Dios?... En Emaús, después de la resurrección, pide a los discípulos que le palpen las llagas... Luego, aun después de la resurrección, era un cuerpo material susceptible de verter sangre...

Onofre dilataba los ojos estúpidamente. Y en-

tonces el hombre, apuntando con el báculo hacia el lado del desierto, donde el sol desaparecía, añadió:

—Mi camino es más allá... Pero tu alma es digna de recibir la Verdad. Otros vendrán que te la enseñarán...

Y otros vinieron; unos, solitariamente y en silencio, surgiendo entre las rocas, que resonaban bajo sus bastones herrados; otros, en grupos, a través de los arenales, como maestros marchando entre sus discípulos. Era de noche y bajo la luna llena. Y a veces la explanada, delante de la cueva de Onofre, quedaba poblada de una multitud de hombres de largas barbas sueltas y trenzadas, envueltos en mantos negros o bien ostentando zamarras de colores chillones, todos más pálidos que marfil, con ojos hundidos, que refulgían, y agitando en las manos inquietas gruesos rollos de papiros o tabularios escritos.

Ora uno solo, de pie, hablaba con abundancia y cadencia; ora todos, tumultuosamente, disputaban, pero sin encararse, con los rayos negros de las pupilas ardientes clavados en el *Solitario*. Cruzado de brazos a la puerta de su caverna, con los largos dedos descarnados posados sobre los huesos salientes de las rodillas, Onofre se asombraba de aquellas facundias sonoras...

A través de ellas, unos después de otros, sin respirar, llenando el desierto de rumores, aquellos hombres (que eran seguramente doctores) afir-

maban principios henchidos de irrisión o de mentira... —¡El Dios de Israel era un ángel subalterno!... ¡Jesús no pasaba de ser una simple continuación de Adán!... ¡El mundo había sido creado por un delirio del Señor! Para vencer la carne era necesario contentarla; y sólo por el vicio se alcanzaba la perfección!... ¡Hay sólo un alma, que está tanto en los hombres como en las rocas!... ¡Sólo la materia es eterna, y los dioses mueren! ¡El mundo fué concebido por el diablo!... ¡Jesús es hijo de Achmaroth, y su residencia es el Sol!... ¡El Espíritu Santo es una mujer! ¡Sólo Caín es verdadero!...

Y a cada una de estas revelaciones, lanzadas con estridencia, Onofre, ya entreabría una boca de ignorancia, ya irrumpía en una risa amplia y límpida, que le sacudía las costillas bajo su zurrón de pieles... Entonces, arremolinados sobre él, todos le blandían junto a su rostro sus papiros y sus tabularios. ¡Eran las pruebas! ¡Eran las Escrituras!... ¡He ahí la profecía de Maxilia! ¡He ahí el tratado de Apolonio! ¡He ahí el tratado del *Alma Adventa!*...

—¿Has comprendido?...

Y el más joven de los doctores, que llevaba una mitra oriental, suplicaba a Onofre, inclinado sobre él, con solicitud:

—¡Haz un esfuerzo! ¡Haz un esfuerzo! ¡Di que comprendes!...

Silenciosamente, con un resto de risa que le re-

fulgía en los ojillos menudos, Onofre encogía los hombros y murmuraba:

—¡Sólo creo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo!...

Entonces un murmullo de tedio y de indignación contra tanta simplicidad corría entre los doctores sutiles. Los más violentos lanzábanle injurias. Otros, majestuosamente, volvían las espaldas amplias cubiertas de amplios mantos que arrasaban... Y todos se escondían entre las rocas con gran tumulto...

Pero al llegar el crepúsculo volvían; y Onofre allí estaba, sentado a la entrada de su cueva, ya risueño, como quien en una feria se prepara a gozar con las artes divertidas de los magos... Y comenzaba de nuevo la gran lección, resonante y fecunda... Cada día surgía algún doctor nuevo con su dogma nuevo... ¡Y siempre la risa del Solitario les respondía!... ¡Siempre la confesión de su fe, cándida y sencilla, en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo!...

Hasta que una noche, en que la docta contienda se había prolongado y la luna ya se desmayaba, como Onofre, fatigado, a pesar de haber sido más profundas y sublimes las concepciones de los doctores, comenzase a bostezar, cerrando los párpados, uno que tenía una mitra bicorne, donde resplandecían pedrerías, levantó el brazo y clamó súbitamente:

—¡Dejad a ese bruto!... ¡Venid!...

Y en medio de un gran silencio, el grupo de los doctores, todos rígidos y juntos, elevóse en el aire y fundióse suavemente en la última claridad de la luna. Ya Onofre dormía...

No volvieron, y entonces hubo en Onofre como una nostalgia de aquellos hombres y de aquellas voces que cada noche poblaban su soledad... Y el desierto le pareció más desierto. Y a las horas en que ellos solían presentarse como sombras que se desprendían de la sombra, y él, después de la labor del largo día, cruzaba las piernas en el suelo, dispuesto a disfrutar como un recreo sus arengas sonoras como músicas de batalla, subía a las rocas, aguzando los ojos, acechando a ver si alguno o todos volvían por el camino angosto, recogiendo los mantos por causa de las ásperas espinas...

El camino permanecía yermo, y no había ni estrellas ni luna, y vacío y ancho le parecía el desierto en derredor y dentro de su corazón.

Pero una noche en que así acechaba desde la cima de las rocas creyó oír de repente el tintinear lento y triste de los cascabeles de un dromedario... Y antorchas humeantes bailaron en la sonibra...

Alborozado, gritó agitando los brazos:

—¡Por aquí!... ¡Por aquí!...

E inmediatamente, con un rumor de armas en marcha, surgieron en fila, del camino estrecho, soldados barbudos con los escudos metidos en sacos; una litera emplumada de paños de púrpura, que se balanceaba sobre los hombros de esclavos; las

insignias de Roma y dromedarios con fardos y odres... Voces clamaban entre el parpadear de las antorchas:

—¿Es aquí donde vive el santo ermitaño?...

El solitario, espantado, balbuceó:

—¡Onofre, siervo de Dios, aquí vive!...

Entonces, entre los paños fruncidos de la litera, que se había detenido, un hombre con toga blanca y todo él más blanco que un mármol, se deslizó y posó en el suelo sus borceguíes de escarlata y oro. Las conteras de las lanzas resonaron en el suelo; dos bocinas ásperas lanzaron un clamor, y el dromedario se arrodilló... Y el hombre, recogiendo los pliegues de su amplia toga, caminó hacia el solitario con lentitud y majestad... Después, en la gran desnudez del desierto y de la noche, comenzó, derecho y grave, como si pronunciase una arenga en un Senado:

—Onofre, el renombre de tu pureza y de tus penitencias transpuso el desierto y llegó a Roma... Y yo vengo, en nombre de Honorio César, tres veces Augusto, invencible y señor del mundo, que te saluda...

Y saludó. Un clamor corrió entre soldados y esclavos:

—¡Gloria a César, tres veces Augusto!...

Y bruscamente, el hombre togado se acercó al solitario, que retrocedía, intimidado, apretando contra el pecho las manos flacas sobre las largas bar-

bas... Y en un murmullo familiar y risueño, el togado continuó:

—Onofre, aquí está la cosa imperial y formidable de que se trata. Honorio, atraído por la Verdad, quiere conocer la ley nueva... Pero ¿quién sería bastante puro e inspirado del cielo para enseñársela?... ¡Sólo tú, amigo! Los doctores de Alejandría y de Palestina tienen las almas llenas de ambición y de mentira... ¡La tuya es cándida!... Y por la pureza perfecta tú alcanzas la verdad perfecta. En Roma vivirás en el palacio de César... Y cuando César conozca la ley cristiana convocará al Senado y todo el Imperio será proclamado cristiano... ¿Eh? Tú mismo, por tu mano, cerrarás las puertas de los templos... Y sin despojarte siquiera de ese zurrón, en toda tu sencillez, ofrecerás a tu Dios la ciudad de Roma, las Legiones, las Provincias y todo el género humano... ¿Eh?...

Inclinado, con los brazos abiertos, de donde colgaban los paños rojos del manto, parecía un ave de rapiña cubierta de sangre y de alas, ya plegadas sobre la presa fácil...

Y en un hálito ardiente murmuraba:

—¡Qué ocasión, Onofre; qué ocasión!... Lo que no hizo Paulo, ni Gregorio, ni el gran Atanasio, ni el inmenso Orígenes, lo harás tú solo con hablar suavemente y finamente junto al oído del César... ¡Bien lo sé!... No es el orgullo de la espléndida hazaña lo que te impulsa... Seguramen-

te... Pero piénsalo bien... Todos los martirios, terminados; los ídolos, cubiertos de mohó; la tierra, llena de cantares y el Cordero en su redil... ¿Eh?...

Onofre temblaba, deslumbrado... Balbuceó:

—¿Y el Emperador?...

—¡Es quien lo quiere!... Pues si ya en los Idus de Marzo una noche él os vió en sueños a ti y al otro; al otro, con su corona de espinas y las manos aún con los clavos, que te empujaba delante del César y gritaba en griego: *Este te enseñará lo que conviene saber...* ¡Y eras tú, eras tú, con esa piel de cabra, esas barbas y esa belleza clara y majestuosa, que te comunica la virtud!... ¡Oh, Onofre! La tierra, cansada, es por ti por quien suspira... ¡Ven!...

Y Onofre pasóse detenidamente las manos por el rostro, sonriendo. Y dió un paso y después otro, con la muñeca ya presa en la garra del hombre de púrpura... Y andaba como en el esplendor, todo hecho de certeza... César esperaba por él para confesar la Fe. ¿Por qué no?... El Emperador Constancio había escrito dos cartas a Antón y las patricias de Alejandría hacían la travesía del desierto para besar las rodillas llagadas de Pacomio... ¡Y su vida no había sido menos terrible que la de esos solitarios magníficos!... No había forma de dolor que no hubiese atravesado, y sus lágrimas de penitencia juntas podían formar un río en el desierto... Pero al fin Dios le elegía para el aconte-

cimiento mayor de todos los tiempos... Y él caminaba firme bajo la mirada contenta del cielo... Todo error iba a desaparecer de la tierra, y desde el primer día él persuadiría al Emperador de que desterrase a los heréticos a los confines de las naciones, donde comienzan las nieves y los mares tenebrosos. Todos los templos serían destruídos, y quemados los libros de los filósofos que perpetúan el error. Después reformaría las iglesias del Asia. Y en un gran Concilio, la doctrina pura sería establecida para siempre, inmutable. Entonces comenzaría una gran paz divina. ¡Qué obra! ¡Qué obra!... Al lado del Emperador recorrería las provincias. Mas para sí no quería honras ni poder sobre las almas... Tal vez anhelaría sólo el gobierno de los monasterios de Egipto... Y junto a la púrpura del César, los pueblos, postrados, pasaríanse de su zurrón de piel, lleno aún de las espinas del matorral. ¡Qué obra! ¡Qué obra!... Todo él se crecía y parecía ver las estrellas de más cerca, como si fuesen ya su corona inmortal...

—¡Acercaos a la litera!—clamaba el hombre purpurado—. ¡Saludad al maestro del César, al poseedor de la Verdad!...

Todos los hierros de las lanzas resonaron; las insignias de Roma ondearon en el aire; los esclavos estaban postrados besando el suelo... Y entonces el hombre, junto a las barbas del ermitaño, murmuró en la abundancia de su victoria:

—En Roma verás multitudes más postradas...

Todas las iglesias de Asia pondrán tu nombre en las Escrituras... ¡Y bien lo mereces!... Porque el Otro, en Galilea, sólo convirtió pecadores, y tú, persuadiendo a César y con él al mundo, eres mayor, eres mayor... ¡Ven!...

¡Mayor que el Señor!... Entonces hubo en el alma de Onofre como una claridad que ilumina un precipicio... Sacudió, dando un grito, la mano del hombre, que le abrasaba. Y en su mirada reconoció la lumbre del infierno. En su angustia, sólo pudo suspirar: "¡Oh, Jesús; oh, Jesús!" Súbitamente, el gran manto de púrpura, blando y como vacío, se cayó al suelo, y a lo lejos la litera emplumada, el dorso del dromedario, las lanzas en confusión, huían a la desbandada entre una neblinosa polvareda...

Onofre cayó de rodillas. Delante de él, el manto enrollado formaba como una mancha roja. Palpó muy suavemente con los dedos; ¡era sangre!... Estremecido en un terror infinito, retrocedió, y la sangre comenzó a brillar de nuevo, tan lisa y cristalina, que divisó en ella, como en un espejo, su semblante. No lo había visto desde que entrara en el desierto; y retrocedió despavorido ante la fealdad con que se le reaparecía, duro, abrasado de orgullo, todo entumecido de pecado...

Entonces lloró mucho tiempo amargamente. ¡Oh, miseria; oh, dolor!... En tantos años de penitencia y de yermo su corazón no había logrado la purificación, y permanecía cubierto de una cos-

tra de maldad. ¡Indudablemente, en mil noches de dura pelea había rechazado al padre de la Mentira!... Pero esos eran los triunfos fáciles que los mismos paganos, sin el socorro de Jesús, alcanzan sobre la carne... Sin embargo, cuando el gran mentiroso viene, y desde lo alto de una roca, como al Señor, le promete una gran gloria entre los hombres, al punto se deja llevar de la mano, consintiendo con una facilidad de prostituta... ¡Oh, alma miserable! ¡Hace tanto tiempo fuera del mundo y aun impregnada del orgullo del mundo, como una esponja que salió del agua podrida!... ¿Que penitencia y qué ejercicio heroico de humildad había allí que pudiese exprimir, hasta la última gota impura, aquella soberbia que se desbordaba e infestaba todo su ser?... ¡Treinta años se había flagelado! ¡Treinta años había ayunado!... Su oración subía al cielo tan constantemente como su aliento... Y había arrastrado cadenas de hierro; había velado meses y meses con las rodillas clavadas en piedras agudas y los ojos risueños puestos en las claras estrellas, o había dormido envuelto en cardos; había dado a beber de su sangre a las avispas; había aplastado los huesos debajo de enormes piedras... ¡Y en vano!... ¿Qué podía entonces hacer aún en aquel yermo?... ¿Dónde había martirios más dolorosos? ¿Dónde se aprendían preces más extáticas?... ¿Dónde?...

Abatido, sentado sobre los calcañares, con la barba descendiendo en flecos entre los brazos caí-

dos, Onofre alzaba los ojos, arrasados de lágrimas, suplicando al cielo un auxilio... ¿Por ventura aquella vida solitaria sería estéril para el bien?... En verdad, entre aquellos arenales y aquellas rocas, ¿cómo ejercer suficientemente la humildad y la caridad?... El no tenía siquiera a su lado un perro con quien pudiese ser paternal. Y si la humildad se cobijaba dentro de su alma sin que el mundo la comprobase o se aprovechase de ella, era fácil y era vana... ¿Qué hacer? ¿Dejar el yermo? ¿Volver entre los hombres?...

Lentamente murmuró en el silencio:

—¡Volver entre los hombres!...

Y ante sus ojos, que se embebían en las estrellas, figurósele vagamente entrever la forma de un hombre que estaba sentado junto a un muro, casi desnudo y que gemía, cubierto de llagas... Después el muro se prolongó, y era un cobertizo donde otro hombre, un esclavo muy viejo, con el dorso surcado por los azotes, jadeaba haciendo mover la pesada muela de un lagar... Después, la muela del lagar partíase en baldosas, y era una carretera por donde caminaban, ligados por argóllas, arrastrando gruesos grilletes, grupos de cautivos que unos soldados impelían con pinchazos de las lanzas... Después las lanzas habían quedado clavadas en el suelo, y eran cruces donde agonizaban, estriados de sangre, cuerpos que los buitres, volando en derredor, azotaban con las alas negras... Y de los ojos de Onofre, que miraban estos dolo-

res, las lágrimas caían en chorro, silenciosas y cálidas...

A cada lágrima que así caía, Onofre sentía en su corazón un alivio inesperado y nuevo. Muchas lágrimas había llorado en el yermo, pero nunca tan consoladoras... ¡Y, sin embargo, eran las evocaciones de los dolores del Señor, de su dulce cuerpo lleno de llagas, de su sudor de aflicción y de su caída en la áspera sierra, bajo el ultraje de los soldados y de la cruz, las que se las hicieron derramar en noches de piadosa meditación!... ¿Por qué eran más dulces y pacificadoras éstas que le arrancaban las llagas y los trabajos y los cautiverios y los suplicios de los hombres mortales?... Las lágrimas vertidas por los dolores humanos eran, pues, más gratas al cielo que las lágrimas derramadas por los dolores divinos. Ciertamente, entonces, servir a los hombres en el mundo sería más estimado en el cielo que servir a Jesús en la soledad...

De pie, alzó los brazos hacia las estrellas y murmuró:

—¡Oh, Señor mío; enseña a tu siervo, que sufre el tormento de la incertidumbre!...

Un deseo penetró entonces bruscamente en su alma: ir a ser bueno y humilde en el mundo... Entonces, con la mano aún trémula, enjugó las lágrimas. Alegrementemente entró en su cueva; cogió su bordón, metió en el seno, bajo el zurrón de piel,

la cruz preciosa que Antón había hecho en la ciudadela del alto Egipto...

Después subió a las rocas, envolvió en una amplia mirada al desierto; la huerta, nunca acabada, que había cultivado; las benéficas palmeras que le habían alimentado; el arbusto que flor a flor le había marcado los años de penitencia; el regato, que había sido la frescura de su desierto. Y con un prolongado suspiro, tomando por el rumbo de las estrellas el camino del Sur y del Océano, volvió Onofre entre los hombres.

VI

El primero que encontró junto a una aldea que aparecía en un alto, toda oscura y de adobe, fué un viejo muy quebrado, inclinado bajo un haz de leña y conduciendo un jumento rucio, muy viejo también, ya manco, que cargaba un saco de grano... Y uno detrás de otro, el viejo en harapos, el jumento con llagas en el lomo flaco, iban jadeando y renqueando por una calzada pina, bajo el sol y las moscas, entre piteras polvorientas...

Humildemente, Onofre se acercó al viejo y recordó que, siendo más fuerte, mejor llevaría por aquella cuesta la leña y el grano... Y sin esperar el consentimiento del anciano, que apenas había comprendido, vago y senil, se echó al hombro el haz de leña, al otro el saco de grano, y de-

trás de su hombre y de su jumento, así aliviado de todo fardo, fué caminando contento y cantando los loores del Señor...

El viejo era siervo de una viuda pobre, imposibilitada, que sólo lo tenía á él y a aquel jumento y una huerta mal cultivada, de pocas hierbas... Onofre, en esa tarde, amasó la harina, partió la leña, acarreó agua del pozo, cavó el cebollar, sacó las espinas de los pies del siervo, lavó las llagas viejas del burro, y juntó al catre de la viuda, que era cristiana, para consolarla, le contó la pasión del Señor... Y así comenzó Onofre su obra entre los hombres...

Pero en seguida abandonó la aldea, que, rodeada de tierras fértiles, con pozos abundantes, en un clima muy benigno, no abrigaba en sus chozas ni indigencia ni males... La sencillez de esa vida no ofrecía campo de acción a un corazón sediento de humildad...

A dos estadios de la aldea sin embargo, estaba la vieja ciudad de Budastes, entre las Aguas Pelusíacas y el canal de Necio, donde cada año venía de todo Egipto la festiva peregrinación al viejo templo de Phtah, entonces dedicado a la Artemis Griega...

Budastes era rica en obeliscos y termas. Sus murallas formidables estaban cubiertas de estatuas. Y en las largas avenidas, al borde de los arroyos y estanques, bajo los sicomoros y las palmeras, todo el día las tabernas y las casas altas de las